

## **UNA VIDA EN CHILE Y ALEMANIA**

**Eva Chávez**

Texto para la exposición “Santos Chávez, xilografías y linóleos” (2004)

Museo de Arte Precolombino, Chile.

Si Santos viviera, este año habríamos celebrado su septuagésimo cumpleaños rodeado de amistades como era nuestra costumbre. Además, debido a esta exposición, se habría producido un reencuentro con muchos amigos y conocidos. Luego de la muerte de mi esposo, numerosas personas me dijeron cuánto lamentaron no haberlo conocido personalmente.

Desde los años ochenta, estuve convencida de que las obras de Santos Chávez atraerían en el futuro a un gran número de admiradores y público. Por esa razón, quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Museo Chileno de Arte Precolombino y a su director, señor Carlos Aldunate del Solar, por la oportunidad póstuma de exponer una gran cantidad de las obras del artista, que abarcan distintas épocas de su creación.

A los 38 años, Santos estimaba haber creado cerca de 500 obras en diferentes técnicas. Recientemente, colaboradores del Museo revisaron y fotografiaron los trabajos de los últimos 20 años, llegando a una cantidad similar, sin incluir litografías y acuarelas. Sin embargo, hay que tener en cuenta, que desconocemos el paradero de muchos de sus trabajos, porque fueron regalados, robados o simplemente desaparecieron. Santos nunca dio gran importancia a esto. Él no se consideraba un artista, sino un trabajador que crea algo con sus manos sin la necesidad de llevar contabilidad de sus creaciones.

Esto cambió cuando entré en su vida. Si bien, no tenía grandes conocimientos sobre artes plásticas, disponía de experiencia en el área de organización, que traté de aplicar a su trabajo. Llegué a tener un profundo conocimiento de su trabajo artístico y sus obras. Aún hoy, recuerdo sin dificultad los títulos y años de creación de casi todos sus trabajos. Asimismo, y gracias a nuestra estrecha relación, tuve la oportunidad de observar el inicio de sus obras y los cambios que les introducía -incluso años después- hasta dar por terminada su creación. Muchas veces preguntó mi opinión, analizamos y conversamos su trabajo o buscamos los títulos de algunas de sus obras, entre risas y bromas.

La historia de Santos Chávez como artista es tan extraordinaria, que despertó en muchas personas el deseo de inmortalizarla en una película. Hijo de una familia numerosa, Santos Chávez nació el 7 de febrero de 1934 en la pequeña aldea de Canihual (Tirúa, Región de la Araucanía). El pueblo está rodeado por bosques milenarios y praderas verdes, donde los ríos y esteros crean sus caminos desde la Cordillera de Los Andes hasta el Océano Pacífico. A los lejos se pueden divisar volcanes que, con sus ocasionales rugidos y temblores, dan testimonio de una naturaleza indomable e imponente.

Su madre estaba trabajando en el campo y lo trajo al mundo a la orilla de un trigal. Esa

estrecha relación con la tierra acompañó a Santos durante toda su vida. La familia vivía en una gran pobreza y, desde pequeños, los hijos tuvieron que colaborar con el sustento del hogar. Por desgracia, los padres no pudieron acompañar a sus hijos. Santos perdió a su padre a los siete años y su madre falleció cuando él tenía 12. Fue así, como Santos quedó a cargo de un "patrón" para el cual tuvo que trabajar sin sueldo. Por su trabajo recibía cada fin de año un cordero o un chivito. Recién a los 10 años, su brutal e insensible patrón le permitió ir a la escuela de Tirúa, que tenía una sala de clases y estaba muy lejos de su hogar. Sin embargo, sólo podía hacerlo los días lluviosos, cuando los animales no podían salir de establo.

La abuela de Santos -por parte de madre- era mapuche y le heredó la sangre de los hijos de la tierra, la que se mezcló con la sangre de un marino escocés que naufragó por esos lados.

Santos Chávez, aunque descendiente de los orgullosos e indomables araucanos, no quiso vivir como la mayoría de ellos. A los 14 años, decidió partir a Concepción para trabajar de día en lo que fuera y poder estudiar en las noches. Un nuevo mundo se abrió ante él. Poco a poco, comenzó a conocer nuevas cosas que le fascinaron, como el cosmos, la música y la poesía. Había incursionado bastante en ellas cuando, a los 24 años, se matriculó en un curso vespertino de artes plásticas en la Sociedad de Bellas Artes de Concepción, donde le habían otorgado una beca. Estudiar era su mayor deseo, pues quería retener los paisajes de su infancia y plasmar en imágenes a su pueblo.

En un artículo, aparecido en agosto de 1966, Santos confesó con franqueza: "Me echaron dos veces. Dijeron que no servía. Que me dedicara a otra cosa. Pero yo volvía una y otra vez. No tenían más remedio que dejarme. La gente que había estudiado en París o en Londres no podía aceptar la idea de que un hombre con cara de indio como yo dibujara, grabara, pintara". (1)

En esa misma entrevista, se le preguntó: ¿qué mensaje tienen sus dibujos y grabados? A lo que Santos contestó, "Trato de expresar la raza, lo poco que nos va quedando de americano. Soy un araucano que trata de universalizar el sentimiento de la gente sencilla. Por eso elegí la madera. La noble madera para expresarme. Tierra y hombre forman una entidad". (2)

Su traslado a Santiago en 1960 le abrió nuevas perspectivas. Se hizo miembro del Taller 99, un colectivo fundado en 1956 por el artista Nemesio Antúnez, que posibilitó gratuitamente a sus miembros buenas condiciones de trabajo. El éxito no se hizo esperar. En 1982, Pedro Millar, destacado miembro de este taller, escribió que en esa época: "Santos Chávez había llegado de Arauco y Concepción, donde había sido discípulo de Julio Escámez. Chávez es el caso más elocuente de un artista al que el Taller 99 entregó la oportunidad y el clima en que pudo definir de modo rotundo su vocación de artista gráfico. Dentro de la actividad del Taller realizó sólo una breve incursión en las técnicas del grabado en metal, concentrándose luego en la litografía y sobre todo en el

grabado de madera, medio enteramente afín a su temperamento y en que produciría una extensa y personal imaginaria. A través de su obra xilográfica, el Taller contribuyó a la revalorización de esta técnica en nuestro medio". (3)

En el año 1966, la Universidad de Chile entregó a Santos Chávez su máximo galardón, el Premio Andrés Bello. Un reconocimiento que normalmente se entrega a artistas con largas trayectorias. El objetivo del premio era financiar la estadía del artista en otro país para su perfeccionamiento. Santos no lo pensó mucho y se decidió por México, pues sentía gran admiración por las obras de Orozco y Posada. Allí trabajó en el taller "Fray Servando", y tuvo el privilegio de conocer al país y a su gente. En esa época recibió muchas invitaciones de los Estados Unidos, para participar en exposiciones y talleres, al tiempo que renombrados museos y coleccionistas comenzaron a adquirir sus obras.

Entre los años 1967 y 1972, el artista tuvo poca oportunidad de trabajar en su taller de Santiago, pues vivió alternadamente entre Chile y los Estados Unidos. Allí se reencontró con su antiguo maestro y amigo Nemesio Antúnez, quien le consiguió nuevos contactos y dio -al joven e inexperto artista- muchos consejos sobre el mundo que debería enfrentar en Chicago y Nueva York.

El año 1973 fue uno de los momentos más exitosos en la vida de Santos. El 18 de enero de ese año, el periódico La República de Bogotá anunciaba que, con la exposición de sus obras, se iniciaría el primer paso de un intercambio cultural entre Colombia y Chile. Santos me conversó a menudo de esa época. Me contó sobre la burocracia floreciente en Chile, y como las solicitudes y formularios complicaban cualquier actividad. Se acercó la fecha de la inauguración en Bogotá, pero de parte del gobierno no le llegó nunca un boleto para su vuelo. Finalmente, tuvo que pagar el pasaje de su propio bolsillo, dinero que nunca vio reembolsado, al igual que el correspondiente a sus obras vendidas. A pesar de la buena prensa en Colombia, Santos nunca se sintió a gusto. Se le hizo notar que venía de un país en el cual el presidente, democráticamente elegido, tenía pocos amigos en otros países.

Para el artista y humanista Santos Chávez, los años que siguieron a 1973 fueron muy difíciles de soportar. Galerías de arte fueron incendiadas y, con ellas, muchos de sus trabajos. Las horas del toque de queda no siempre le permitían volver de su taller a la casa. Las reuniones eran vigiladas o prohibidas. La violencia en las calles y el permanente espionaje de los agentes de la DINA, afectaron enormemente al sensible y temeroso artista. Santos reconoció que en aquel tiempo le resultaba imposible trabajar. Recién a partir del año 1978 reaparecieron nuevos grabados. Uno de los primeros, llamado Homenaje a mi pueblo, muestra a tres mujeres acostadas en el suelo durante una huelga de hambre.

Caída de pelo e irritaciones en todo el cuerpo afectaron Santos. Su médico amigo le diagnosticó un agudo estado de nerviosismo, que no se podía curar con una medicina, por lo que recomendó vino para calmarse. De este modo, doctor y paciente

compartieron el mismo "remedio".

Una vez más, Santos recibió una invitación oficial para representar a Chile en una exposición en la Argentina. Naturalmente, él no quiso representar a la dictadura chilena frente a la dictadura argentina, así que rechazó el ofrecimiento con el argumento de no tener trabajos nuevos. Nunca pensó abandonar el país, pero siguió el consejo de sus amigos y salió en 1977 hacia Venezuela. Con pena y gran apuro hizo su maleta, llenó su carpeta con obras y utilizó su pasaporte, obtenido en el último viaje a Bogotá. Sus planchas de madera, colecciones de obras y los valiosos libros que dejó, se perdieron para siempre.

A pesar del apoyo de sus compatriotas en Venezuela, sintió que no podía quedarse, pues las condiciones climáticas le eran poco favorables. Al poco tiempo caducó su visa de turista y aunque le fue difícil conseguir su salida, viajó a Europa. Primero estuvo en España y gracias a la hospitalidad de su amigo español, Marcial Valente, pudo integrarse un tiempo a su familia. Por supuesto, le interesó también la vida y el trabajo de los campesinos españoles, que lo invitaban a menudo. Le impresionó la manera cordial y solidaria de los españoles hacia un chileno. Con exposiciones logró afirmarse y planeó quedarse por más tiempo.

Sin embargo, sus planes cambiaron cuando el estudio DEFA para documentales de Berlín (entonces República Democrática Alemana) se enteró de su presencia en España. Ellos enviaron al periodista chileno Julio Fuentes para invitarlo a ilustrar el proyecto Die Eroberer (Los Conquistadores). El contrato era por tres meses y ofrecía buenas condiciones. El film trataba sobre la conquista de los españoles en América Latina y Santos consideró esto un interesante desafío, por lo que se despidió con tristeza de sus viejos y nuevos amigos en España. A finales de noviembre de 1977, viajó a Berlín en la incertidumbre.

Durante su estadía en Berlín tuvo la oportunidad de conocer la ciudad. Se sorprendió que la gente conociera la situación política de Chile y los nombres de Salvador Allende, Víctor Jara, Luis Corvalán y, por supuesto, Pablo Neruda. La vida cotidiana le pareció ordenada y se alegró al saber que había de todo para preparar sus platos favoritos. Se admiró también por los bajos precios, principalmente del transporte público y los eventos culturales, como conciertos, cine y teatro, que eran accesibles para toda la gente. La mentalidad de los alemanes, su puntualidad, su sentido de limpieza y su disciplina no causaron en él mayores problemas.

Lo que lógicamente más le impresionaba era el patrimonio cultural. Siempre oía música clásica durante horas de trabajo, preferiblemente música medieval. Admiraba pintores como Durero, Nolde y Rudolph. Más de una vez, Santos expresó su deseo de permanecer durante un período más largo en la RDA para conocer mejor el país. En apariencia esa posibilidad existía, pero cuando terminó su contrato en febrero de 1978, caducó su visa y no encontró apoyo en las instituciones chilenas residentes en la ciudad. Sin

oportunidades debió cruzar la frontera a Berlín occidental. Fue un momento traumático en la vida del artista.

Nunca imaginó que pudieran existir dos sistemas estatales tan diferentes en una misma ciudad y que, personas que compartían el mismo idioma, tuvieran maneras tan distintas de ver la vida. Le habría gustado volver a España, pero le faltaban los medios. Sin dinero, sin amigos, sin techo y sin conocimiento del idioma tenía que tratar de sobrevivir. Más tarde, amigos chilenos me contaron de qué forma precaria e indigna tuvo que mantenerse. Algunos compatriotas fueron muy solidarios y le ofrecieron durante meses un estrecho lugar en su pequeño departamento. También tuvo que vivir en los rincones del local donde ocasionalmente trabajaba. Menciono intencionalmente esas dificultades, para ilustrar los problemas que tuvieron que enfrentar y superar los chilenos en el exilio en sus intentos por integrarse en una nueva sociedad, pues a menudo escuchamos que mucha gente en Chile creía que a sus compatriotas les iba muy bien en el extranjero.

Luis Alberto Mansilla, publicista, crítico de arte y amigo de Santos hasta el final de su vida, vivió varios años en Berlín. En el año 2001, luego de la muerte del artista, escribí sobre esos años en Alemania: "En Berlín occidental existía ' La Batea ' que era propiedad de exiliados y ofrecía comida chilena. Allí trabajó temporalmente Santos sirviendo a las mesas y aceptando los homenajes etílicos de los clientes que amenazaban con transformarlo en un alcohólico permanente, y que le hacían abandonar su trabajo. Sin taller y dinero se sentía en el peor momento de su vida. La salvación llegó desde Berlín Este. Le proponían realizar allí una exposición e incluso le ofrecieron pasaporte de residencia. Se quedó casi 20 años en la RDA, conoció a Eva, una alemana diligente que se puso a disposición de la divulgación de sus grabados y de la organización de sus exposiciones. Se casó con ella y convirtió su casa en un alero de los chilenos exiliados. Sus cazuelas, pebres, asados, pasteles de choclo eran elogiados por sus muchos invitados [.] Santos trabajó sistemáticamente en su taller en un viejo barrio berlinés. Su fama se extendió por toda la RDA y sobrepasó esas fronteras. Sus grabados recorrían las ciudades alemanas y fueron acontecimientos en Leipzig, Dresde, Bremen, Frankfurt o Colonia. Lo mismo ocurrió en Estocolmo, Oslo, Copenhague. Poco o nada sabían sus admiradores del pueblo mapuche, pero eran cautivados por la belleza de los grabados. A veces el artista era presentado con doctas disertaciones que provocaron debates sobre su técnica, sus influencias, sus raíces. Santos resultaba parco en las respuestas. Era un hombre escaso de palabras, pero bien provisto de ideas y de experiencias que narraba en su sencillo lenguaje que adquiría resonancias en las traducciones de su esposa, que agregaba informaciones sobre qué ocurría en Chile y sobre la cultura mapuche". (4)

El primer "taller" lo instaló en la cocina del diminuto departamento de dos ambientes del sector Berlín-Mitte donde vivíamos. Allí creó las ilustraciones para el libro infantil *Der Mann mit der Rose* (El hombre de la rosa), publicado en Berlín el año 1983, por el Kinderbuchverlag. El co-editor del libro, Joachim Meinert, estableció una gran amistad

con Santos y en 1991 le agradeció públicamente por 10 xilografías incluidas en una de sus publicaciones: "Agradezco a mi amigo Santos Chávez que me permitió utilizar xilografías, hechas con sus manos, como ilustraciones en esta edición. Conocí a Santos Chávez en 1981, cuando vivía en Berlín occidental. Sus hermosos trabajos que reflejan una intensa necesidad por armonía y un radiante e invencible amor al prójimo, me tocaron tan profundamente como me sucedió sólo con pocos grandes del arte plástico. La primera impresión de la obra y de la personalidad de ese artista, oriundo del Sur de Chile, marcado por su origen campesino e indígena, robusto, sencillo y humorístico, se reflejaba en la poesía entonces escrita 'Hermano Santos'". (5)

Con la publicación del libro terminó nuevamente su visa y vivimos semanas llenas de incertidumbre y noches sin dormir. Esa inseguridad paralizó el trabajo creativo de Santos. Sus compatriotas, representantes de organizaciones y partidos políticos que gustosos utilizaron sus trabajos para afiches o campañas de solidaridad, le aconsejaron ir a otro país como Holanda o Suecia. Para nosotros, la idea era absurda. Habíamos decidido vivir en la RDA y para mí era imposible salir del país.

Junto a nuestro círculo de amigos, conversamos sobre las posibilidades que nos quedaban. Nos aconsejaron conseguir un contrato de trabajo para Santos como ilustrador, pues de esa manera tendría una visa de permanencia. La salvación llegó de parte de una mujer con gran coraje. Se trataba de la periodista Elfriede Schroth, que trabajaba para una revista infantil en Berlín. Justificó la necesidad del trabajo de Santos con un proyecto sobre los indígenas chilenos. Esta fue la solución y al mismo tiempo el comienzo de una amistad que dura hasta hoy. Finalmente, pudimos pensar en legalizar nuestra relación, una decisión que se concretó después de años a causa de las leyes y reglamentos existentes en la RDA. Al mirar hacia atrás, encuentro sorprendente la fuerza de Santos para soportar esos tiempos difíciles a mi lado.

Cuando lo conocí, el año 1981, su estado de salud era preocupante y los resultados de los tratamientos médicos eran limitados. Los médicos alemanes le certificaron una incapacidad laboral de un 80 por ciento. A pesar de todo abogó incansablemente por la solidaridad con Chile. Santos no era materialista, nunca pudo negarse cuando le pidieron alguna colaboración artística para la solidaridad con el pueblo chileno. Sin embargo, supimos que amigos chilenos que vivían en otros países, utilizaron sus trabajos para afiches o ilustraciones sin siquiera tener su permiso. Un crítico comparó ese hecho con esas canciones populares que todo el mundo conoce y canta, pero nadie recuerda el nombre del autor.

Durante esos años, participamos en muchos actos, eventos y festivales. Las exposiciones de Santos, que sumaron más de 40 entre los años 1978 y 1994, se complementaron a menudo con una "mesa redonda" y debates sobre la situación política en Chile. Aunque no tenía hijos propios, sentía un gran amor por los niños. Con frecuencia los invitaba a conocer su taller, visitaba colegios o participaba en eventos juveniles para compartir sus conocimientos. En un jardín infantil de la ciudad de Salzwedel, pintó un mural de 14

metros de ancho con ilustraciones de su mundo de Arauco.

A pesar del gran prestigio de Santos en Alemania como artista y persona, decidimos abandonar el país en 1994 y viajar a Chile. Por un lado, su estado de salud era preocupante y, por otro, la situación tanto en Chile como en Alemania había cambiado. El comienzo en Chile tampoco resultó fácil. Aunque fuimos invitados a eventos y ferias, nos dimos cuenta que el nombre de Santos Chávez era poco conocido entre los jóvenes. Santos estuvo muy contento al ser reintegrado al Taller 99 como miembro de honor, porque fue desde allí donde salió al mundo. De esta manera, logró contactarse con muchos artistas jóvenes, con los cuales pudo trabajar e intercambiar experiencias.

Sin embargo, su salud no mejoraba y aumentaban sus estadías en el hospital. Pero a pesar del visible deterioro físico, retomó siempre con gran disciplina su trabajo. En noviembre del año 1997, la periodista Paulina Uribe, le preguntó cómo se había sentido lejos de Chile. Él le respondió: "Cuando uno se encuentra lejos de su patria necesita acercarla. A través de mi arte yo podía plasmar mis sentimientos. La geografía es tan distinta en otros países, todo es plano; entonces tomaba mis herramientas y traía los montes de Arauco, iba grabando a la gente del sur, las lluvias, el verde y el viento de Chile. Cuando volví a Chile, tenía la sensación que me faltaba mucho por hacer y por crear. Los días pasan tan rápido; trabajo de sol a sol, me voy a morir y me va a faltar el tiempo". 6. En esa misma entrevista, la periodista escribió que para personas como Santos Chávez resultaba muy difícil incursionar en el mercado chileno de arte, pues hasta ese momento había expuesto sus obras solamente en museos y centros culturales. Santos estaba consciente de esto, pero comentó: "Es una pena que no se puedan mostrar mis obras en otros espacios. Todas las galerías presentan artistas que venden mucho; yo no voy a perseguir a las galeristas, no me interesa, prefiero mostrar mis obras en sectores más populares". ( 7)

Esto coincide con el carácter modesto y tímido del artista, que nunca se sintió atraído por tendencias modernistas y pretensiones vanguardistas. Él opinaba al respecto: "Nunca me han gustado los grupos, la vida social, las reuniones, prefiero trabajar solo. Tampoco me he dedicado a enseñar; yo creo que uno debe partir de la raíz de las cosas, los jóvenes quieren ser artistas de inmediato, figurar, todos se quieren ir a Europa, están trabajando con las nuevas tecnologías, la computación. Sin embargo, pienso que se debe empezar desde lo más básico, conocer el material, sentir la geografía, encontrarse con uno mismo. Yo estoy en plena búsqueda, sigo luchando por encontrar nuevas formas de expresión y soy muy feliz cuando logro resultados, es un triunfo obtener un negro, un azul, una textura, gracias a mi esfuerzo, todo gracias a mi mano". (8)

Con frecuencia sus amigos y admiradores notábamos la presencia de sus manos en sus obras. Santos tenía manos pequeñas y delicadas. Es sorprendente cuanta belleza lograba sacar de la madera dura. A él le gustaba mucho pensar y filosofar sobre las cosas. En ocasiones lo hacía en voz alta, y a veces yo era su única auditora. Él decía, por ejemplo: "La idea poética es como el viento, que todo lo echa a volar".

Después de nuestro regreso a Chile, se realizaron numerosas exposiciones que fueron visitadas por un público muy entusiasta. A Santos le hizo bien el éxito y tratamos de combatir su enfermedad y ganar tiempo para la realización de sus inagotables ideas. Puedo afirmar tranquilamente que, en los 20 años de nuestra convivencia, jamás noté que entró en una crisis o que le faltaban las ideas; al contrario, muchas veces decía preocupado que no tendría el tiempo suficiente para terminar. Hace poco tiempo, encontré un retrato incompleto de Pablo Neruda, escondido al reverso de una plancha usada de madera, que Santos empezó a grabar y dibujar, pero que nunca llegó a terminar.

Santos siempre puso mucha atención a la historia y la vida del pueblo Mapuche. Compraba libros sobre el tema e hicimos muchos viajes a Temuco, Concepción y Arauco. En el año 2000, el municipio de Tirúa lo nombró Hijo Ilustre, hecho que lo emocionó, pues siempre se sintió orgulloso de llevar la sangre de sus ancestros en sus venas. Él nunca renegó de su origen mapuche.

La muerte arrancó al artista de su creación. Dos meses antes, Santos todavía intentaba pintar acuarelas en el jardín con su mano izquierda, pues el brazo derecho estaba demasiado afectado por el cáncer. Se puso muy triste cuando quiso firmar sus últimos trabajos y no le resultó de la forma acostumbrada. Mi firma se parece a los dientes de un serrucho, me reclamó. En mi opinión, la herencia que me dejó Santos pertenece a su pueblo. Yo sólo la administro temporalmente, hasta encontrar el lugar donde poder dejar su legado, decisión que tomamos juntos. Este artista tan especial realizó innumerables xilografías, litografías, acuarelas, aguatinas, dibujos en carboncillo y en tinta. Existen más de 20 carátulas de libros y también libros ilustrados por él. En 1967 contribuyó para una estampilla con motivo del Congreso Internacional de Planificación Familiar, trabajo desconocido incluso por sus pares. En Alemania existen murales y también cubiertas de CD y casetes. Todavía estoy ordenando las obras de Santos y con frecuencia descubro cosas nuevas.

Pienso que fue predestinado que un araucano recorriera miles de kilómetros, desde Chile hasta Berlín para encontrarme y me escogiera para compartir con él sus últimos 20 años. En tiempos buenos y en tiempos malos, siempre intenté con todas mis fuerzas, apoyar y proteger a Santos y su trabajo. La vida al lado de un artista no es fácil, sin embargo, me mantuve junto a él hasta su último aliento. Emplearé lo que me queda de vida para que Santos Chávez y sus obras no queden en el olvido.

Las cenizas de Santos fueron entregadas al mar en Valparaíso y ahora están recorriendo el planeta. Para nosotros permanece vivo dentro de nuestros corazones y nuestro recuerdo.



## NOTAS

1. Cable United Press International, New York, 20 de agosto de 1966.
2. Op. cit.
3. Millar, 1982.
4. Mansilla, 2001.
5. Joachim Meinert, Künstlerhaus Lauenburg/Elbe, julio 1991.
6. Uribe, 1997.
7. Op. cit.
8. Op. cit.
9. Carrasco, 2000.

Texto disponible en:  
[http://precolombino.cl/mods/expo\\_temporales/detalle/46/catalogo/cat01.htm](http://precolombino.cl/mods/expo_temporales/detalle/46/catalogo/cat01.htm)